

Huella ecológica y conciencia social¹

Vicente Manzano – 2008
vmanzano@us.es

Ese día entró un profesor nuevo en el aula.

Se dirigió hacia la tarima, situada a casi un metro por encima del suelo. Ocupando la majestuosa silla de piel nos dirigió una mirada a todos (situados a su izquierda) y a todas (situadas a su derecha). Con una voz rebotante de autoridad ordenó “¡Quiero que os mezcléis inmediatamente! ¡Ya!”. Permanecí inmóvil. Pero algunos compañeros se levantaron e invadieron la zona de las chicas. Del mismo modo, mi zona recibió la visita de varias de ellas, esas figuras desconocidas y amenazantes, que ocuparon los asientos vacíos.

Pasaron varios días. Incluso semanas. No tuvo lugar ninguna orgía. Los chicos no nos abalanzamos salvajemente sobre nuestras compañeras del sexo opuesto. No hubo ningún acontecimiento digno de mención salvo la placentera sensación de que estábamos en plena mezcla. Con el tiempo nos habituamos, hasta que la situación llegó a ser tan natural como tendría que haber sido siempre. Recuerdo a una señora que me decía “Los hombres y las mujeres sólo pueden hacer una cosa cuando están juntos”.

En esa parte del planeta que llamamos Occidente hemos avanzado mucho en el arte de separar las cosas que naturalmente están juntas. Un exponente histórico muy recordado es Descartes. Decía que los objetos de estudio deben ser troceados, analizados en partes de menor envergadura para ser convenientemente investigados. Después, en la fase de síntesis, hay que volver a unir las piezas. Nos quedamos especialmente con el primer momento y nos hemos hecho verdaderos especialistas en el troceo, la compartimentación, el análisis pormenorizado de elementos cada vez más pequeños... Al final, separamos el color rojo de la camiseta y se nos olvidó que no existe lo uno sin lo otro, pues en la realidad lo que existe es una camiseta roja.

Uno de nuestros logros es separar el razonamiento y la emoción. El invento es útil para distinguir componentes, pero no para confundir la abstracción con la cotidiana experiencia, suponiendo que ambos elementos viven por separado. Otro logro ha sido separar la justicia de la ecología, los derechos humanos del medioambiente. Todo está junto y se comporta junto. Establecer falsos dilemas genera finalmente falsas soluciones que terminan no solucionando nada. ¿Qué ocurriría si hoy, en este sitio y en este momento, un conferenciante como yo, presentado y avalado académica y científicamente, tomara una guitarra en sus manos y cantara una canción? Más de una de las personas que se encuentran en el público lo viviría como algo fuertemente chocante, fuera de lugar, difícil de ubicar. El dilema falso aquí es “o una contribución científica o una canción; o un razonamiento hablado o una emoción cantada; o un acto académico serio o una función” ¿Por qué debe ser así? Es más, ya que no tiene por qué ser así, ¿por qué no aceptamos la mezcla, la alternativa, la oportunidad de lo distinto?

En la sesión de hoy vamos a intentar que permanezcan juntas las cosas que nunca tuvieron que estar separadas. El meollo de la cuestión es abordar la Huella Ecológica. La hemos enmarcado en el grueso apartado de las preocupaciones por el medio ambiente, la ecología, el cambio climático,

¹ El texto se corresponde con la conferencia del mismo título, impartida el segundo día en las Jornadas sobre Desarrollo Sostenible y Ciudadanía Global, celebradas en Burgos (España) del 21 al 23 de octubre de 2008.

la sostenibilidad física y biológica, etc. Pero tanto sentido tiene en tal ubicación como en otra que se centrara en la justicia social o la conciencia social planetaria. Vamos a ver que pensar convenientemente en la huella ecológica es preocuparse también por los aspectos sociales de nuestra existencia. De la huella ecológica aterrizaremos en la conciencia social planetaria, en la ciudadanía planetaria, es decir, en la sociedad de potentes tal y como prefiero llamarlo. Entonces tendremos que hablar de poder.

Sobre la Huella Ecológica

Significado y pertinencia

Cuando alguien comienza el aprendizaje de cómo se conduce un automóvil, debe poner buena parte de su conciencia en combinar el cambio de marchas con los pedales del embrague, el freno y el acelerador. Durante la maniobra debe mantener también atención en los acontecimientos del entorno próximo, mirando por el espejo retrovisor y tomando decisiones en tiempo real en función de cómo se encuentre el tráfico, la señalización vial, los peatones... Es una situación de estrés que termina difuminándose con el tiempo. Quien ya conduce con soltura hace todo ello sin implicar a la conciencia. Lo mismo ocurre con el hábito de caminar. Nadie piensa cómo mueve los tobillos o flexiona las rodillas o decide la longitud del paso. Todo ello se lleva a cabo automáticamente, sin participación de la conciencia.

Los automatismos, las heurísticas, los hábitos... son inventos necesarios para caminar por la vida. Lo contrario nos inhabilitaría para dar un solo paso, ante el peso de las infinitas variables que nos rodean y definen. Pero todo tiene, al menos, dos caras. La falta de conciencia es también un peso duro, parte de la causa de aspectos que sufrimos y sufren otras personas.

Si pensamos, por ejemplo, en nuestro estilo de vida, la conciencia participa poco. Podemos acudir a muchas variables o características para definir cómo vivimos y cómo es ello posible. Una de ellas podría ser: *dependientes*. Dependemos en grado máximo de otras personas, cada vez situadas más lejos, trabajando en condiciones de las que no somos conscientes, en lugares que desconocemos, con salarios que no imaginamos, participando en procesos de enriquecimiento de unos pocos agentes cuya existencia se nos escapa. No somos conscientes del tipo de mundo que estamos construyendo en cada gesto, con cada decisión cotidiana, con cada acción y cada omisión.

La huella ecológica es, entre otras cosas, una llamada de atención, un pellizco de conciencia. Mide en unidades concretas qué consecuencias tiene el estilo de vida (en términos de consumo) de una persona, una familia, una organización, un municipio, una región, un país... La unidad concreta que utiliza es la hectárea y sentencia con resultados del tipo: "para que Jacinto pueda vivir como vive, está utilizando cinco hectáreas". Una hectárea está compuesta por 10 mil metros cuadrados, aproximadamente la superficie que ocupa un campo de fútbol. Así que Jacinto tiene para sí todo el producto de cinco campos de fútbol de superficie útil.

El uso de la huella ecológica se combina con el de la superficie disponible. El mundo tiene dimensiones concretas, límites, no es infinito. Y lo paseamos miles de millones de personas. Es fácil pensar en términos de media y calcular cuánta superficie útil del planeta le corresponde a cada miembro de nuestra especie. Si cada habitante del planeta puede disponer, por ejemplo, de dos hectáreas y media, entonces Jacinto está utilizando el doble de lo que debería. Si lo hace es porque otras personas utilizan menos o porque Jacinto está mermando la capacidad que tiene el planeta para recuperarse, es decir, está gastando recursos que corresponden al futuro. Esto lo vamos a ver un poco más despacio. Ahora, la intención es tener un primer contacto para comprender lo que sigue. La utilidad de la huella ecológica, entre otras, es suministrar una herramienta muy concreta para concluir si estamos comportándonos de forma justa, tanto con respecto a otros habitantes del planeta, como pensando en quienes no han nacido todavía pero merecen hacerlo en un mundo con posibilidades de vida digna.

Para adentrarnos en este concepto vamos a tocar primero el de *mochila ecológica*. La mochila se mide de varias maneras, pero aquí voy a utilizar también la superficie en hectáreas, para guardar coherencia con la huella ecológica. Para obtener ésta, hay que completar la mochila con la huella debida al uso, que es lo que generalmente se conoce. Estos dos componentes, mochila y uso, muestran la versión de huella ecológica más extendida. Es una versión muy interesante, con múltiples ventajas. Pero también tiene sus inconvenientes. A mí me preocupa sobretodo que separa artificialmente cosas que están naturalmente juntas. Así que os haré una propuesta relativamente nueva (en la forma de acercarse al concepto) para pensar en la huella ecológica, una propuesta más potente que llama a la mezcla.

La mochila

Pensemos en algo de lo que disfruta mucha gente en algún momento del día, especialmente en occidente: una casa. Incluso quienes no tienen ninguna saben lo que es y tal vez sueñan con ello. Vamos a observar cuánta superficie necesita una casa para ser real, para existir.

Hagamos entonces la pregunta: ¿Cuánta superficie necesita una casa para hacerse realidad? Supongamos que la casa se encuentra en un terreno de 100 metros cuadrados. Ésta es la primera respuesta que daría espontáneamente una persona: la casa necesita 100 metros cuadrados para existir. Pero no es cierto. Imaginemos una isla que tenga exactamente 100 metros cuadrados de superficie. Te llevan en un barco y te sueltan en la isla, sólo con tu cuerpo y tu mente. Ya estás ahí. Pues bien, constrúyela. Tras un año, al volver a la isla ¿te encontraremos dentro de una bella vivienda con mármoles, paredes de piedra, techo solar y agua caliente? No ¿verdad? Posiblemente, nada más poner los pies en la isla dirías “¿Dónde están las herramientas?” Buena pregunta.

Las herramientas no cuelgan de los árboles. Han sido producidas en fábricas. Las fábricas ocupan superficie. Parte de la superficie de la fábrica de palas, por ejemplo, está justificada porque vas a utilizar dos de ellas en la construcción de tu casa. Así que tu casa es responsable de una pequeña parte de la existencia de la fábrica de palas, sin la cual tú no podrías construir nada. Tal vez te correspondan unos centímetros cuadrados de responsabilidad en la existencia de la fábrica “Martínez y Compañía, su casa de palas de confianza, desde 1759”. A estos centímetros habrá que añadirles los de la superficie de la fábrica de carrillos de obra, los centímetros de la cementera, de la fábrica de ladrillos, de la que produce ventanas de PVC, del aserradero de maderas, de la que suministra clavos, de la de yesos... Centímetro a centímetro, tu casa va a necesitar muchos más metros cuadrados de los que ocupa físicamente.

Con exhaustividad, llegará un momento en que sabrás cuánta participación le corresponde a tu casa en la suma de superficies de todas las fábricas implicadas. Piensa también que no hay que utilizar sólo el terreno exacto que ocupa una fábrica, puesto que ésta también necesita, como tu casa, mucha más superficie para existir y es ésta última la que debes utilizar para tus cálculos. Tal vez, cuando termines las operaciones aritméticas hayas llegado a la conclusión de que la isla debería tener una hectárea para albergar tu casa de 100 metros cuadrados. En el resto del terreno tendrías una minifábrica de palas, entre otras edificaciones.

La cosa no termina aquí. A los metros cuadrados ocupados físicamente por todos los agentes que están en juego hay que añadirle un apartado de gran importancia: la energía. Para utilizar cemento y ladrillos se necesita transporte. Algunos camiones traerán los materiales. Los camiones utilizan derivados del petróleo y contaminan el ambiente con múltiples compuestos entre los que destaca el dióxido de carbono, CO₂. Todo gasto de energía puede ser traducido en contaminación. Ocurre con la electricidad que utiliza la fábrica de palas, con el resultado de los hornos en la cementera, etc. Si consideramos la cantidad total de CO₂ que se ha producido para que finalmente puedas tener la casa, podemos sumar más superficie: la del bosque que se requiere para absorber todo ese CO₂ y transformarlo de nuevo en oxígeno. Es posible que tu casa de 100

metros cuadrados necesite 500 metros cuadrados de bosque para absorber la contaminación que se ha generado para hacer realidad tu vivienda. La isla, finalmente, tal vez ocupe dos hectáreas o más, dependiendo de las características de la construcción que has hecho.

Podemos imaginar un mundo donde los productos que están a la venta no sólo muestren el precio y la marca, sino también la superficie que se ha requerido para hacerlos realidad. Imagina que vas a una tienda y compras una tostadora de pan. La etiqueta indica “Marca: *La alegre*. Precio: 38 euros. Mochila ecológica: 17 metros cuadrados”.

En efecto, eso es la mochila ecológica, medida en unidades de superficie: cuánta de ésta es necesaria para que ese objeto haya sido finalmente producido. Llamamos a este concepto *mochila* porque la cargamos en la espalda de quien compra el producto. Mi huella ecológica, es decir, la superficie de planeta útil que estoy utilizando para llevar la vida que llevo se ha visto incrementada en 17 metros cuadrados tras la compra de la tostadora.

Todo lo que adquirimos viene acompañado de una mochila ecológica. Todo. Pensemos, por ejemplo, en el kilo de tomates que acabo de comprar en la tienda. En España es fácil que los tomates vengan de Almería. En Almería se acude mucho a los invernaderos, que requieren estructuras y plásticos, donde se consumen muchos productos agroquímicos que tienen una carga de mochila importante. Los tomates se llevarán con camiones por carreteras, hasta aterrizar en la tienda que visité esta mañana. Al kilo que he comprado le corresponde una participación de todo ello. No es igual que los tomates vengan sueltos o que estén embalados o *mu*y embalados, puesto que el embalaje añade más mochila al conjunto. No es lo mismo que los tomates vengan de lejos o los haya plantado el vecino en su terreno. Cuanta más distancia, más huella. No es lo mismo que sean ecológicos o que hayan requerido agroquímicos, puesto que esto segundo genera mucha mochila.

El uso

La mochila es un concepto que suele asombrar cuando se piensa despacio. Comprended ahora lo que anunciaba al afirmar que la huella ecológica es una llamada de atención, un pellizco de conciencia. Es asombroso el asunto de la mochila más aún cuando lo que nos suele llegar a la mente son más bien los aspectos relacionados con el uso: no enciendas la bombilla cuando no estés en la habitación, cierra el grifo del agua, dúchate mejor que bañarte, no cojas el coche si puedes ir caminando...

El uso de los objetos es un apartado grueso en la huella ecológica. Al utilizar el automóvil, por ejemplo, se contamina el ambiente. Tomemos el CO₂ generado y traduzcámoslo en superficie de bosque necesario para dejar las cosas tal y como estaban antes de salir a dar el paseo con el auto. Todo uso susceptible de ser medido en términos de gasto energético terminará expresándose en hectáreas. Los usos también generan desechos físicos en superficie. Las basuras se almacenan en espacios concretos y muchas de ellas terminan incineradas, generándose más CO₂ o transportadas con camiones u otros vehículos hasta lugares donde continúa el proceso.

De esta forma, el cálculo de la huella ecológica se realiza mediante dos componentes: 1) la superficie ocupada por todos los procesos implicados y 2) la superficie de bosque que se requiere para absorber el CO₂ generado en los procesos de gasto energético. La figura 1 muestra gráficamente estos conceptos.

La versión habitual de dos componentes

La huella ecológica individual se podría calcular como la suma de la mochila y del uso. De hecho es un procedimiento habitual de cálculo: qué tienes y cómo lo utilizas. Esta forma de trabajar con la huella tiene algunas consecuencias interesantes.

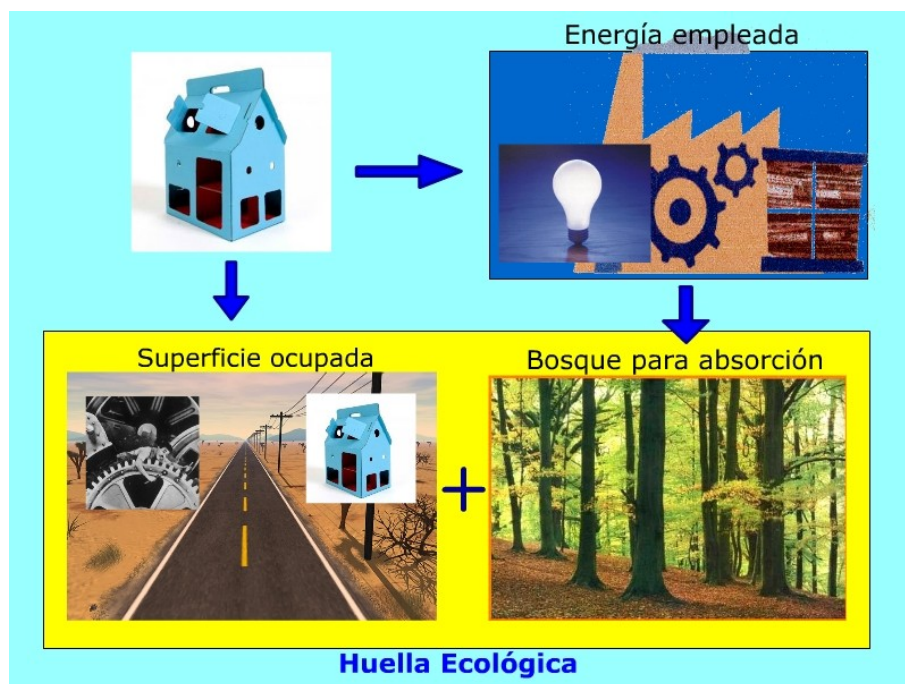


Figura 1: componentes de la huella ecológica.

Cuando las personas, especialmente quienes están dotadas de suficiente sensibilidad como para ser catalogadas de dignamente humanas, toman un primer contacto con el concepto de la huella ecológica, suele surgir un efecto desagradable: la sensación de culpa y el desamparo. Parece que hasta respirar destruye el mundo. A esta sensación le siguen dos posibles resultados habituales: o tengo la tendencia a recluirme y casi ni caminar por temor a dañar el planeta, o bien concluyo que si no es de un modo será de otro como dañaré, y que también lo hace todo el mundo, así que supero la indecisión volviendo o incluso incrementando mi consumo anterior. Es importante tener claro que el planeta y las personas hemos convivido bien hasta ayer. El planeta está preparado para soportarnos hasta cierto límite. Lo importante es ser conscientes de esos límites, saber que nuestra casa planetaria no puede soportarlo todo, pero sí que nos acompaña en mucho. Ese mucho da para una vida digna y placentera accesible, lo que afecta a todos y cada uno de los habitantes del planeta. El reto es dar forma a estilos de vida felicitantes, plenos, satisfactorios que a la vez sean respetuosos, inteligentes, conscientes. Esto es totalmente factible. No hay que tener miedo de respirar, sino conciencia de no superar los límites.

Observemos que la huella ecológica va más allá del campo de la ecología o del medio ambiente: genera conciencia social. Quienes se preocupan por la huella construyen sensibilidad por aspectos que van más allá de la propia persona e implican las condiciones en que todas disfrutamos o padecemos la herencia de lo que nos rodea. Pero hay más. Es muy instructivo conocer cómo se reparte la huella en el planeta. Observa la representación gráfica de la figura 2.

La capacidad de carga es el nombre que damos a la media de superficie útil que le corresponde a cada habitante del planeta. Según la World Wildlife Found (2006), esta capacidad es de 1,78 ha por habitante. Sin embargo, la huella ecológica media para todo el planeta es de 2,23 ha. ¿Cómo es posible utilizar más de lo que hay? La respuesta es sencilla: estamos utilizando el almacén. El cálculo de 1,78 considera la capacidad de la Tierra para regenerarse, para dejar las cosas tal y como se encontraban antes del uso. 2,23 está diciendo algo muy claro: estamos tirando del almacén y esto tiene un límite. Podemos pensar en ello también con la metáfora de la hucha. Tengo una hucha donde he conseguido guardar cien monedas. A partir de hoy cada día echo cinco monedas en la hucha y saco seis. Esto puedo hacerlo sin ningún problema. Pero observa que estoy sacando de la hucha más de lo que pongo. Es perfectamente factible. Sólo hay un

problema: me quedan 99 días para seguir con este comportamiento, antes de que la hucha quede vacía.

Las algo más de dos hectáreas de huella ecológica por habitante es un dato tan engañoso como cualquier otra media aritmética. Lo más característico no es el valor medio, sino su varianza, su dispersión. Observemos cuán clara es la gráfica en esto: frente a 0,1 ha para Afganistán, EEUU utiliza 9,6. Es obvio que EEUU no podría mantener ese estilo de vida sin que Afganistán se mantenga en el suyo. Si todo el mundo consumiera al estilo medio de EEUU, necesitaríamos 5 planetas más que éste, todos ellos deshabitados por supuesto.

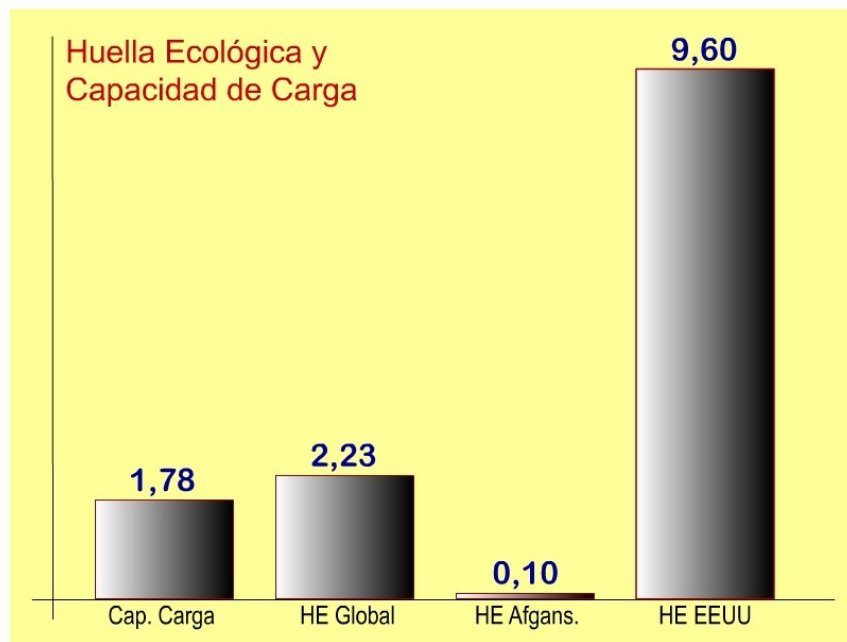


Figura 2: *varianza en la huella ecológica.*

Así pues, la huella ecológica llama la atención también acerca de la desigualdad social. Es un aspecto de gran importancia en la construcción de la conciencia social planetaria, de la ciudadanía planetaria que es el único destino viable para la sociedad en este pedazo del universo en el que convivimos.

La versión ampliada y sus connotaciones sociales

La versión habitual de la huella ecológica individual tiene algunos inconvenientes que dificultan la consecución de esa ciudadanía planetaria. El primero de ellos, el más sobresaliente, es que facilita la generación de cierta *sensación satisfactoria a nivel estrictamente individual*. Alguien que se mueve en un todoterreno, que vive en una mansión, que se desplaza habitualmente en avión particular y cuyo estilo de vida requeriría unos veinticinco planetas como éste, puede tener la sensación de que está cuidando la Tierra, de que se comporta debidamente y de que es un buen ciudadano del mundo porque separa la basura en orgánica, plásticos y papel, o porque toda su mansión utiliza bombillas de bajo consumo y ha instalado un sistema automático que las apaga cuando pasan varios minutos sin observarse movimientos en la habitación.

Para hablar con sinceridad, el tipo de bombilla es algo importante en términos absolutos, pero bastante ridículo en términos relativos. Existe un gran monto de ataques al planeta, unos grandes ingredientes de la huella ecológica de las regiones ante los que no ejercemos un control directo. Lo podemos ver en dos momentos. Uno es la extensión de la mochila ecológica. El otro es el trascendente concepto de la huella ecológica colectiva, que justifica el modelo de tres componentes.

En un momento anterior he mencionado que la huella puede calcularse como la suma de la mochila y el uso. Vamos a trabajar con algo más de precisión. Ese modelo de dos componentes se completa hablando mejor de huella ecológica individual directa e indirecta.

La indirecta se nutre de la mochila ecológica y del *moldeamiento* del mundo. Este segundo elemento es muy interesante de cara a la utilidad social de la huella ecológica. Veámoslo con un ejemplo. Cuando Jacinto va a la tienda y compra unos pantalones vaqueros de la marca "Ernestina's Jeans", está participando de un proceso mucho más amplio. Por un lado ya sabemos que Jacinto adquiere también una mochila: la superficie que se ha puesto en juego para que finalmente el vaquero sea real y exista en las manos del comprador. Pero hace mucho más que eso. En pocas palabras, Jacinto está apostando por el tipo de mundo en el que se sitúa Ernestina's Jeans y no por el que construyen otras marcas. El comportamiento de las empresas implica multitud de efectos medioambientales y sociales. Una fábrica de vaqueros puede potenciar el comercio local, el empoderamiento de los habitantes de la zona, las condiciones laborales dignas, el respeto por el medioambiente... mientras que otra empresa puede estar destruyendo todo lo mencionado. Cuando Jacinto decide dar su dinero en un frente o en otro, está *moldeando* el mundo de una u otra forma. Del mismo modo podríamos pensar al aplicar este argumento al hecho de que Jacinto haya decidido comprar ese vaquero en un establecimiento o en otro, incluso en comprarlo o seguir utilizando los pantalones que ya posee en su haber. El moldeamiento del mundo no puede ser traducido estrictamente a hectáreas, pero es importante incluir su existencia en las consecuencias de nuestras decisiones. Este campo se trabaja de forma más pormenorizada desde conceptos como *comercio justo* o *consumo responsable* (CRIC, 2000; Cortina, 2002; Lucena, 2002).

El moldeamiento es también una apuesta por una huella ecológica futura. Mi comportamiento deriva hacia refuerzos de comportamientos ajenos que podrán ser traducidos en superficie. En otros términos: más allá de la mochila actual, mis decisiones construyen también mochila futura.

Pero el aspecto que más importa en términos de huella es la colectiva. La sensación de que es suficiente reciclar o que ya *cumplimos* con el mundo utilizando unas bombillas u otras termina siendo un componente dañino, puesto que inhabilita a las personas para solucionar realmente los problemas. En este sentido resulta fundamental ser conscientes de la huella ecológica de la región donde vivimos.

La forma más fácil de calcular la huella ecológica es en términos de zonas amplias, como un Estado o país. Es relativamente fácil porque se puede acceder a las contabilidades de producción, importaciones y exportaciones. A todo ello se le aplican tablas que traducen los comportamientos a requerimientos de superficie. Finalmente, se puede obtener la huella ecológica media individual dividiendo la general entre el número de habitantes de la zona.

Podríamos llevar a cabo otro método para calcular la huella ecológica individual: ir traduciendo cada uno de nuestros actos a un gasto de superficie. En este sentido es como he ido abordando el concepto. Así se sabe que 1 kilo de carne requiere la misma superficie que 8 kilos de legumbres, 16 kilos de hortalizas frescas ó 0,8 kilos si las hortalizas son de invernadero. Las tablas nos ayudan a ello.

Podríamos llevar a cabo el siguiente ejercicio: 1) calcula la huella ecológica de tu región, 2) calcula la huella ecológica individual de cada uno de los habitantes de tu región, 3) suma esto segundo, 4) compara el resultado con el apartado 1. Si hacemos tal cosa observaremos que los cálculos no coinciden: la huella ecológica de la región es muy superior a la suma de las individuales. ¿Por qué? Voy a responder con otra pregunta ¿Tiene huella ecológica el ejército de tu país?

Por supuesto que el ejército tiene huella ecológica y, por cierto, bastante elevada. No participa en el cálculo de ninguna huella individual. Lo mismo ocurre con las consecuencias de los

comportamientos de nuestros representantes políticos, de la administración pública, de los servicios. Buena parte de la huella en el planeta es debida a las acciones que se llevan a cabo desde instancias generales, comunitarias. Pensar únicamente en huella ecológica individual y en acciones individuales para respetar el medioambiente es pensar con una evidente cojera, es eludir un importante campo de acción.

En la versión de tres componentes (ver la figura 3), manejamos la siguiente ecuación:

$$HEi = I + D + C$$

donde HEi es la Huella Ecológica Individual, I es el componente indirecto (la superficie empleada para hacer realidad lo que poseo y la superficie que fomento), D es el directo (la superficie que se requiere para hacer posible mis comportamientos de uso) y C es la colectiva (mi participación en la superficie requerida para el comportamiento colectivo o de servicios varios de mi región).

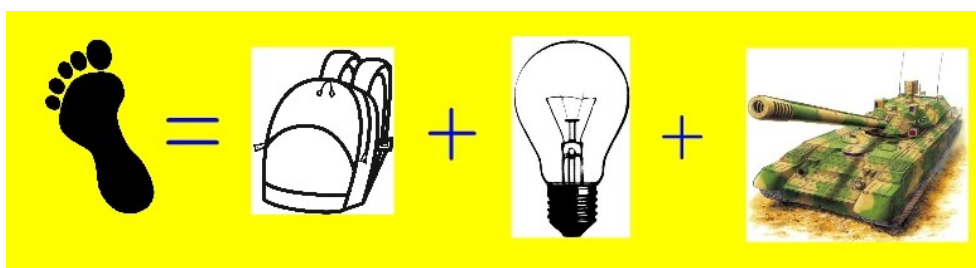


Figura 3: *Modelo de tres componentes para la huella ecológica.*

El componente C llama a la acción colectiva. Puedo ejercer un control absoluto sobre el uso de las bombillas en mi casa. Puedo ejercer un control relativo sobre la huella debida al transporte de alimentos si decido consumir productos locales. Pero no tengo ninguna capacidad de controlar el componente C únicamente mediante mis decisiones de consumo. No tengo posibilidades de ejercer control sobre la huella ecológica colectiva desde mi ámbito doméstico, desde mi esfera individual o familiar. Es imprescindible, para ello, poner en marcha procesos de participación política, es decir, de acción conjunta con otras personas para ejercer influencia sobre la forma en que se comporta mi región, sean los demás en general o sean los representantes democráticos o las instancias que se han puesto en marcha para realizar labores que se suponen de interés general. Este componente permite salvar la tendencia al aislamiento y la ilusión de conciencia limpia a la que se llega con facilidad con el modelo anterior, orientado con harta frecuencia hacia labores de reciclado y de ahorro doméstico de energía exclusivamente.

Para ser coherentes sin excesivas limitaciones, la huella ecológica *completa* llama a la conciencia social planetaria. Observemos que la contaminación campea por toda la atmósfera. Vivimos en un modelo de fábrica difusa (Coq, 2003) donde la extracción de las materias primas se realiza en una zonas del planeta, la confección en otras, la compra en otras... El planeta está mezclado en muchas dimensiones, si bien en otras (como la circulación de personas) practicamos un celo patológico. En tales condiciones, toda conciencia social ha de ser necesariamente planetaria. No tiene sentido mantener la ilusión de localidad en un mundo tan mezclado e interdependiente. Y no tiene sentido mantener la ilusión de que lo ecológico y lo social son dos compartimentos estancos. Constituyen dos caras entremezcladas de una realidad multidimensional que no sabe caminar separándolas.

Ciudadanía planetaria y sociedad de potentes

Como vemos, el concepto de huella ecológica, especialmente el modelo ampliado de los tres componentes, es una herramienta excelente para trabajar la conciencia social en el marco que hoy le es propio: el planeta. Insisto, el objetivo último de la conciencia social es planetaria. Y en ese marco me sitúo.

Veamos algo de esa conciencia planetaria y busquemos algunas vías de acción. En mi caso, la reflexión y la experiencia individual y compartida me han llevado a concluir que la ciudadanía planetaria sólo es posible en una sociedad de potentes, es decir, un contexto donde existe igualdad absoluta de poder-hacer autónomo relevante. Esto requerirá cierta explicación, injustamente breve a los objetivos del texto y su marco temporal, pero necesaria para no dejar cojo este asunto de las repercusiones socioplanetarias de la huella ecológica.

Barreras

Una forma para desgranar qué cosa es esa de la conciencia planetaria es plantear los inconvenientes para hacerla realidad, inconvenientes que se encuentran hoy fuertemente instalados. El concepto es fácil de comprender en una primera instancia: tener conciencia planetaria es, al menos, ser conscientes de que habitamos el planeta, codo con codo, en una red de relaciones, espesa, compleja y rebosante de crecientes dependencias. De esta primera versión realizaremos en breve algunas extensiones. Pero antes, ¿por qué es tan difícil pasar de la definición a la práctica? Creo que existen principalmente cuatro fuertes barreras: complejidad, dependencia, invisibilidad y hedonismo consumista.

Complejidad

El establecimiento de crecientes redes de relación entre todos los territorios, incluyendo a sus habitantes, sus materias primas y sus procesos de producción, genera una complejidad de intensidad histórica. El mundo es complejo, porque lo son incluso sus elementos constituyentes. Al partir del sustrato físico, pasar por el biológico y llegar al antropológico, los sistemas se hacen cada vez más complejos. Abordarlos y comprenderlos exige asumir que no existen las esencias sino los comportamientos, que el azar debe aceptarse como elemento irreductible de la naturaleza (Wagensberg, 1985) y que la forma con que estudiamos los fenómenos y nos movemos por la vida debe contemplar el riesgo como algo natural, consustancial a la existencia. Esta complejidad implica, entre otros muchos aspectos, una clara dificultad para el establecimiento de predicciones, lo que lleva a una fuerte incertidumbre (Morin, 1995). No sabemos a ciencia cierta cuáles son las consecuencias que se derivan de nuestros comportamientos en un sistema tan complejo. Con ello, las posibilidades de intervención se muestran especialmente difíciles. La conciencia planetaria implica contar con un interés especial por la coexistencia de múltiples identidades y la fuerte sensación de co-responsabilidad que llama a la acción. Ninguno de ambos términos es fácil cuando desconocemos qué hacer para conseguir determinados fines o qué ocurrirá al ensayar nuevos comportamientos.

La complejidad, además, facilita la sensación de ignorancia admisible. Si todo es tan complejo, entonces no pasa nada por reconocer mi ignorancia y, a partir de ello, mi inacción.

Por el contrario, la ciudadanía planetaria implica la asunción de riesgos, la convivencia perfecta con la incertidumbre, la aceptación del error como resultado probable y esperable. La inacción es una alternativa plausible en un contexto planetario de ciudadanos y ciudadanas potentes. Y lo es porque no actuar o dejarse llevar por la inercia o sucumbir ante el terror de la incertidumbre es también una forma de acción, una apuesta robusta por más de lo mismo, por la eternización de los males que nos acompañan. Esto no significa actuar por actuar, moverse por el mero interés de que exista movimiento. Si bien la apuesta por el azar es una opción digna, el conocimiento es el mejor de los compañeros de viaje. La complejidad se aborda desde la sabiduría, con la conciencia de que ésta jamás se alcanza plenamente.

Dependencias

Las dependencias se definen desde el nivel individual hasta el inter-territorial. La fuerte especialización necesita que unos territorios dependan de otros para contar con determinados

inputs y garantizar que los *outputs* serán recibidos. Cuando las dependencias se entrelazan (como así ocurre) con los estilos de vida, con las formas de consumo, con el ámbito laboral... entonces establecen fuertes restricciones para propiciar el cambio social. Ni las personas ni los territorios que han generado fuertes dependencias con respecto al funcionamiento de un sistema estarán muy dispuestos a propiciar cambios si éstos amenazan los logros (sean relativos a la supervivencia o al *status quo*). La conciencia planetaria implica actitud de intervención para propiciar transformaciones sociales que se encuentren en la línea de una sociedad felicitante en un planeta vivo. ¿Cómo llevar a cabo la utopía si ésta implica atender contra dependencias fuertemente establecidas?

En el momento de redactar este texto, el mundo de las finanzas se encuentra convulso y los gobiernos de los países del Norte están implicando un esfuerzo económico histórico en salvar la dimensión de bancos, cajas y otras entidades financieras. Para conseguirlo se está implicando una ingente cantidad de dinero. La opinión pública se encuentra espectante y confusa. ¿Los Estados pueden manejar tanto dinero? ¿Qué ha ocurrido con las finanzas para que la cosa esté tan mal? ¿No sería más útil ese dinero en otros frentes? ¿Se está ayudando a la sociedad o a los más ricos? ¿De dónde salen esas cantidades astronómicas? Sin embargo, a pesar de las dudas, existe una confianza generalizada en que hay que hacer algo para salvar a las finanzas, puesto que el buen ritmo de la sociedad *depende* de que los grandes capitalistas sigan jugando al juego del capital. El miedo a que el sistema que conocemos se venga a bajo tiene suficiente intensidad como para aceptar desigualdades y todo tipo de injusticias, consideradas males menores frente al efecto dominó que implicaría perder un eslabón importante de la cadena.

La ciudadanía planetaria es una apuesta arriesgada, valiente en la rotura de las dependencias. La quiebra de los lazos que esclavizan a la humanidad ha de ser dolorosa pues implica un retroceso en algunas dimensiones de comodidad, estabilidad y seguridad. Pero es una caída parcial y temporal que anuncia un futuro de liberación, poder y co-responsabilidad. Esta época oscura de fuerte generación de esclavitudes es digna de ser recordada para evitar su repetición en el futuro. Para ello, antes, habrá que superarla.

Invisibilidad

El concepto “fábrica difusa” (Coq, 2003) expresa un modo creciente de producción globalizada: la mano de obra se encuentra en unos territorios, las materias primas en otros, los facilitadores para el transporte en otros, etc. Sólo la empresa matriz tiene una localización precisa, puesto que el resto de la producción se encuentra dispersa por el planeta y sufre cambios constantes en función de las ventajas competitivas que puedan establecerse. El modelo difuso implica una fuerte invisibilidad o ceguera. Si la materia prima proviene del territorio A, los habitantes del territorio B no pueden observar qué consecuencias se están provocando en la zona A como resultado de la extracción de las materias primas. Si los desechos de los procesos de producción se vierten en el territorio A, los habitantes de B no pueden observar las consecuencias de esa dinámica y cómo su modelo de consumo genera daños voluminosos en zonas lejanas. En términos generales, el modelo difuso favorece una sensación también difusa para las responsabilidades, asentada en una ignorancia prácticamente completa con respecto al significado de los estilos de vida que tienen lugar en los nodos o territorios dominantes del planeta y las consecuencias que se derivan para el resto de los territorios.

La conciencia planetaria es un concepto imposible de ser implementado en un contexto global de invisibilidad. La conciencia implica ver, sentir, conocer, saber. Si no vemos de dónde vienen las causas y hacia dónde caminan las consecuencias, es imposible generar conciencia. El alto grado de difuminación de las cadenas y las redes de relaciones hace difícil ver, y con ello sentir. Por este motivo, el proyecto de ciudadanía planetaria implica un trabajo previo y convencido por la visibilidad, por rescatar el conocimiento de los procesos, por ubicarnos con precisión en las cadenas de acontecimientos del mundo. Una persona que se concibe a sí misma como ciudadana planetaria exige y se exige ver con claridad en qué procesos está participando.

Hedonismo consumista

La ciencia destronó a Dios y dejó a la población sola ante sí misma, y ahí se refugió, en sí misma. El Dios moderno tiende a concebirse como un ser que ama, es amor puro, comprensión, abrazo. El Dios medieval era un dictador temible. Cuando el padre dictador no mira, el hijo temeroso ve una salida y hace una travesura, se rebela frente al poder tiránico. Pero Dios todo lo ve. No se puede hacer nada a sus espaldas porque no posee espaldas, todo él es ojo. Al morir el Dios dictador a manos de la razón, Europa se queda con unas anchas espaldas donde hacer travesuras y desatender lo divino para dedicarse a lo terrenal, centrado en el ser más abandonado hasta el momento: uno mismo. El individuo medieval debía abandonarse para entregar parte de su existencia terrenal al sistema feudal y para entregar todo su ser a un Dios insaciable. Al caer la nobleza con la revolución francesa (más bien, al sufrir un golpe pasajero) y aparecer el dominio de la razón y la ciencia, el individuo se descubre a sí mismo y se llena de sí mismo. Si el dios medieval hubiera sido el actual, amoroso y comprensivo, si la Iglesia de entonces hubiera defendido lo que los grupos cristianos de hoy (ama a los demás, pero no te descuides, ámate a ti mismo), al quedar Dios malherido con la época de las luces, la población no se sentiría desamparada de autoridad y podría haber continuado amándose y amando a los demás como una continuidad de la experiencia previa. El resultado no habría sido el hedonismo sino la solidaridad, el bien común. En ese contexto histórico, el capitalismo comienza a tomar una fuerza descomunal gracias a la moral de la ambición hedonista que adopta la forma de actividad productiva. Después, cuando los procesos de producción se extienden y bañan casi todas las esferas de la vida, cuando comienza a percibirse la saturación, el capitalismo vuelve a renacer, esta vez gracias al egocentrismo del consumo. El hedonismo se expresa mucho mejor por el consumo que por la producción (Bocock, 1995), pues ésta es una aventura grupal, se requiere gente (proveedores, trabajadores, distribuidores, consumidores...), mientras que el consumo es íntimo, personal, se percibe en una esfera de placer aislado del mundo. Es fácil asociar consumo con libertad individual. El productor está sometido a múltiples disciplinas y la historia del capitalismo lo va esclavizando en cada paso. Pero el consumidor puede quemar, si ello le place, lo que acaba de adquirir. No importa si la libertad es real o se trata sólo de un ejercicio de confirmación diseñado lejos del consumidor. Lo que importa al hedonismo es la sensación, la percepción de que uno está dedicado a uno.

Como resultado de un hedonismo sin condiciones, del abandono de los otros a su suerte, de la pérdida de noción sobre el sustrato terrenal de las actividades productivas, de la pérdida de la conciencia del límite tanto espacial como temporal (Riechman, 2003), la humanidad deriva en estilos de vida altamente exterminadores, pues la versión actualmente dominante de desarrollo se asienta en la extenuación de los bienes del planeta. Los estilos de vida toman cuerpo a partir de las formas con que se posee, de las maneras con que se realizan los consumos (Chaney, 2003). Cada estilo de vida lleva consigo un paquete denso de actitudes que permiten a las personas presentarse en sociedad: son construcciones a medio camino entre lo individual y lo social. Estas construcciones se resisten al cambio y exigen que lo ecológico y lo social se pongan al servicio de lo individual-relacional en el corto plazo. Por esta razón, urge una ética del consumo (Cortina, 2002) que reivindique una existencia no sólo más racional con los límites planetarios, sino a la postre más felicitante para todos los individuos. En esa ética se basa parte de la emergencia de la ciudadanía planetaria. Implica no sólo domesticar y apropiarse del consumo en vez de ser apropiados y domesticados por él. Implica también superar el yugo de las relaciones de mercado como definidoras de los estilos de vida, elevando éstos a rangos de liberación individual y colectiva, de construcción conjunta de futuros. La persona que se concibe a sí misma como ciudadana del mundo es capaz de superar el dilema artificial entre ella y las demás, entre lo individual y lo colectivo, entre lo personal y lo comunitario.

El Destino Común Planetario de Edgar Morin

La expresión “todos viajamos en el mismo barco” es harto conocida y, sin embargo, poco trascendente en la práctica de los comportamientos cotidianos. Edgar Morin (entre otros, Morin, Ciurana y Motta, 2002) ha trabajado intensamente en tres frentes, ante los que hoy es difícil no asociar íntimamente su nombre: el método, la complejidad y la sociedad-mundo. Los tres son conceptos muy relacionados entre sí.

Si el mundo es complejo, el método para conocerlo no puede ser determinístico. Necesitamos acudir a las estrategias en lugar de a los programas. Las estrategias buscan objetivos y se van adaptando al camino o bien lo van construyendo sobre la marcha. Los programas establecen algoritmos o pasos sucesivos cerrados, incapaces de dar cabida a la información nueva cuando llega y no es redundante sino que presenta algo nuevo. El buen método, por tanto, es estrategia y no programa. ¿Qué ocurre, en este contexto, con la sociedad-mundo?

La sociedad, en efecto, viaja en el mismo barco o planeta. Afirmar que el destino es común es una obviedad. Visto así, la historia de la humanidad es un proceso en el que la globalización resultaba inevitable, si bien ni las personas ni las comunidades han sabido prepararse para ello. El destino común planetario implica la estrecha e inevitable relación entre el planeta y la humanidad. Hoy nos encontramos, siguiendo a Morin, Ciurana y Motta (op.cit.), en la Edad de Hierro planetaria, donde el desarrollo global se confunde con occidentalización acelerada y crecimiento del mercado transfronterizo. No obstante, se observa el proto-modelo de una conciencia planetaria en manos de movimientos humanistas y ecologistas, movimientos ciudadanos que reivindican un desarrollo diferente a partir del creciente malestar global. “La vanguardia de esta ciudadanía planetaria está presente en todos los movimientos humanitarios” (op.cit.:80). Esa conciencia de destino común, de compartir el mismo barco, de navegar en un mar de complejidad donde la estrategia es el mejor método, basada en no perder el objetivo final de una sociedad planetaria feliz y viva, es un nutriente fundamental para el nacimiento de la ciudadanía planetaria.

La Ética Planetaria de Leonardo Boff

Junto con la conciencia de un destino común que exige la construcción efectiva de una ciudadanía planetaria, el campo de la ética ha sido objeto también de una evolución con meta similar.

La ética ha sido considerada con frecuencia como una especie de compendio de principios que permiten a las personas ser felices, aprovechando las oportunidades que da la vida para pasar satisfactoriamente por la experiencia terrena (Savater, 2003). Muy centrada en las personas como objetivos últimos y en la práctica cotidiana como campo de acción, desde Aristóteles (Ferrater, 1995) el concepto de ética ha sido objeto de una profunda revisión en el último siglo, culminando con visiones muy amplias que abarcan más valores finalistas y una exitosa visión del planeta como un todo. Se aleja del significado reduccionista que la asimila a un conjunto de principios y toma la forma de una actitud (Kisnerman, 2001). Como tal, la actitud ética implica una tendencia a pensar, sentir y hacer de forma coherente, que baña el comportamiento cotidiano, las motivaciones y los proyectos. La ética asume la creencia explicitada al menos desde Sócrates de que las personas no sólo tienden a comportarse distinguiendo entre lo verdadero y lo falso, sino también entre lo bueno y lo malo (Gutiérrez, 2000). Por ello, la coherencia actitudinal (pensar, sentir y hacer de forma coherente) de la ética busca el Bien Común, con matizaciones que siguen abiertas.

En la época que implementan tanto Kant como la Revolución Francesa, la ética se reviste definitivamente de un interés por las comunidades, por la sociedad, por la convivencia. Es el arte de saber vivir en grupo, considerando la otra persona como una igual² a la que no hay que aplicar reglas diferentes de las que se aplicaría una misma. No obstante, esta noción ética era tan

2 Es curioso saber que Kant, aunque consideraba sus principios éticos en torno a las personas, justificaba la discriminación. Así, por ejemplo, sentenció que los indios de América estaban destinados al exterminio porque eran incapaces de civilizarse... y eso sin pisar América (Galeano, 2002).

insuficiente a un mundo globalizado, muy centrado en un modelo económico concreto, como la física de Newton lo es para el nivel galáctico.

Leonardo Boff (especialmente, 2001 y 2003), destaca tres crisis que tienen lugar a nivel global y que exigen el fortalecimiento de una nueva ética, necesariamente planetaria: la crisis social (distancia entre dos Humanidades en creciente desequilibrio), la crisis ecológica (producto de una actividad irresponsable que genera daños irreversibles en la Tierra) y la crisis laboral (exclusión mediante la automatización tecnológica y desvirtuación del sentido creativo de la actividad humana). La nueva ética se distancia de Kant y llama a mecanismos ignorados en este campo: la comprensión, el amor, el cuidado... La ética planetaria inserta, como elemento propio, el cuidado de la Tierra como la casa que habita la humanidad, así como el amor hacia todos sus habitantes con especial interés por las personas. La ética planetaria es totalizadora, pues plantea una preocupación no sólo por un ámbito máximo (el planeta en su conjunto) sino por un nivel máximo (todo lo que la Tierra contiene: el paisaje, los seres vivos, las personas).

La ciudadanía global es, por tanto, una implementación de la ética planetaria, un concepto que hermana a todas las personas del mundo en procesos de reapropiación del poder, de potenciación de la acción socioambiental coherente con la actitud ética.

La Pedagogía Planetaria de Paulo Freire

¿Cómo llegar a la ciudadanía planetaria? La respuesta es la educación, en sentido amplio. La educación formal, informal y no formal, la educación de la experiencia y de los ejemplos o los modelos. La educación es la clave duradera. Una revolución es un catalizador temporal altamente inestable. Recuerda al anuncio “aprenda inglés en diez días... y olvídelo en otros diez”. Con o sin revolución ágil, sin el auxilio de la educación los cambios son drásticamente temporales.

Paulo Freire (por ejemplo, 1970, 2001) estableció claves fundamentales para el surgimiento de una sociedad libre, sin opresión, capaz de construir futuros. Su pedagogía contiene multitud de aspectos de gran interés en la construcción de la ciudadanía planetaria. Pero son especialmente tres elementos los que mejor contribuyen al proyecto: la dialogicidad, la construcción continua y la proactividad.

La pedagogía freiriana defiende que la labor educativa debe ser dialógica. Esto significa que ha de construirse como el resultado y el proceso de un diálogo horizontal, entre iguales. Denuncia el desequilibrio que tradicionalmente ha caracterizado los procesos de formación, donde el docente se muestra celoso de su posición de poder y necesita una inequívoca actitud sumisa por parte del estudiante. Por el contrario, esta postura defiende que sólo la horizontalidad permite llegar a un verdadero aprendizaje, además adecuado a la realidad local y planetaria de las necesidades de las personas. La horizontalidad implica el reconocimiento de que ambos agentes aprenden y enseñan, dan y reciben, construyen conjuntamente. Los agentes deben apropiarse de su presente y de su destino, lo que sólo es posible mediante procesos dialógicos de enseñanza y aprendizaje.

Freire remarcó en varias ocasiones y formas que las personas no “somos” sino que “estamos siendo”, del mismo modo que el mundo o la historia. Somos seres en construcción continua que continuamente participamos en la construcción de cuanto nos rodea. De esta forma, las cosas no son como son, sino que están siendo, y lo hacen de un modo como podrían hacerlo de otro si ponemos intención en ello. Es una fuerte llamada a la libertad de configuración, imprescindible en una ciudadanía planetaria que no puede construirse desde la perspectiva de la inercia o la pasividad.

Por último, la actitud proactiva, de tomar la responsabilidad y la iniciativa de la acción y no contentarse con la reacción adaptativa, queda en Freire muy bien representada en la metáfora de la escritura. Para el pedagogo brasileño y planetario, las personas no sólo deben alfabetizarse en el sentido de saber leer y escribir palabras, la alfabetización debe alcanzar todo el significado de la

vida, aprendiendo a *leer y escribir el mundo*. Leer el mundo implica conocerlo. Escribir es transformarlo. Las personas, por tanto, tienen la misión, una a una, de tomar conciencia de su papel activo en la transformación de la sociedad y del planeta.

La visión freiriana apunta directamente a la idea de la sociedad de potentes que abordo a continuación, puesto que lucha por la igualdad de poder, por la quiebra de los procesos de opresión, por la conciencia de trascendencia en la construcción del mundo.

Algo sobre la Sociedad de Potentes³

La ciudadanía planetaria no es una realidad. Es una utopía, es decir, un proyecto ilusionante que está comenzando a construirse real gracias a la convicción de un número creciente de personas en todo el planeta. Pero su nacimiento es inviable sin una sociedad justa. El problema capital está servido desde el momento en que la sociedad justa mundial es también inviable si no cuenta con una ciudadanía planetaria operativa. La solución no es otra que trabajar en paralelo en ambos frentes. Se requiere justicia y ciudadanía planetaria al mismo tiempo, desde el momento en que constituyen dos formas de abordar el mismo asunto.

El concepto de ciudadanía pone el énfasis en la fraternidad, en la conciencia de destino común de todos los pueblos de la Tierra, en la actitud éticoplanetaria, en la tendencia a crecer como personas íntegras aprendiendo y enseñando, sin miedo a la incertidumbre propia de un mundo complejo. La justicia social planetaria se refiere al caldo de cultivo de esa ciudadanía, es la referencia directa al contexto social que soñamos. Ambos significados apuntan a un mundo de iguales. Mas de iguales ¿en qué?

Desde la ignorancia que caracteriza a todo ser humano, conozco diversas aproximaciones a la idea de justicia. Y reconozco que ninguna de ellas me satisface. Tal vez la que me genera más aversión es la igualdad de oportunidades. Bajo su paraguas de justicia se comenten suficientes diseños injustos de sociedad, suficientes decisiones orientadas al desequilibrio y a la opresión como para repudiar ese enfoque con vehemencia. Estoy convencido, más bien, que la igualdad necesaria, sin la que la idea de justicia social planetaria no deja de ser más que una idea, es la que se refiere al poder.

El término poder es, como en muchos otros casos, un campo de batalla. Controlar el significado de los vocablos es, en muchos sentidos, controlar el pensamiento. La historia de las últimas décadas rebosa ejemplos donde conceptos excelentes para la construcción de un mundo mejor han terminado siendo vendidos al mejor postor. Y éste ha sido invariablemente representado por los agentes o los elementos de las estructuras que los conceptos originales denunciaban. Ya he entrado en este asunto con motivo precisamente de la Huella Ecológica. Constituye un buen ejemplo de cómo una idea preciosa intenta ser domesticada para limitar su fuerza y orientar a la población hacia metas desviadas que suministran la satisfacción de estar haciendo bien las cosas: “ya está ocurriendo; volved a vuestras casas y comportaos como ya sabéis”.

Propongo, pues, una sociedad justa porque existe en ella una igualdad clara y sin fisuras de poder. A ésta denomino *Sociedad de Potentes*. Para explicarlo necesito entrar antes en el concepto de poder que manejo, denunciando por qué la igualdad de oportunidades es más una trampa que una solución. Como he hecho con el resto de los conceptos abordados en este momento, seré también injustamente breve en su tratamiento, pero el tiempo y el espacio nos

3 Lo que sigue es un pequeño resumen del libro “Sociedad de Potentes”. En el momento de redactar este documento, el texto mencionado no ha sido publicado. Se encuentra en la mano de multitud de personas, activistas sociales, intelectuales, gente de la calle, hombres y mujeres, jóvenes y mayores... que están realizando una lectura crítica y constructiva tanto del contenido como de la forma del libro. Este proceso, que dura ya unos meses, culminará finalmente con la publicación y distribución de “Sociedad de Potentes” en una editorial todavía no seleccionada. Si quien lee estas líneas tiene interés por conocer la vía final de publicación, no dude en ponerse en contacto conmigo.

depararán más oportunidades para seguir abordando esta pieza fundamental en la construcción de un planeta justo, vivo y digno de ser vivido.

De la igualdad de oportunidades a la igualdad de poder

La igualdad de oportunidades arrasa en todos los discursos, sean de izquierdas, centro o derecha, intelectuales, políticos, empresariales, sindicales, mediáticos o domésticos. Constituye un valor en sí mismo de tal envergadura que su mención es suficiente justificación para medidas de todos los colores y todos los tamaños.

En la idea misma de justicia social se instaura la reclamación de igualdad (Hierro, 1998) o de equidad (Deere y Welch, 2002), aunque es difícil ponerse de acuerdo acerca de a qué cosa aplicar el requerimiento de igualdad (Loewe, 2007). En la práctica, no obstante, triunfa la oportunidad como asunto (Ellison y Ellison, 2006). Nos encontramos con ello en la sociedad de la igualdad de oportunidades. Lamentablemente no es un chiste. Multitud de líderes políticos y mediáticos afirman tal cosa, aún a pesar de las crudas y frecuentes evidencias de lo contrario. Ni siquiera los teóricos ni tampoco los prácticos se ponen de acuerdo en distinguir qué oportunidades han de ser igualadas y cuáles no, aceptando con ello que la igualación ha de ser marcadamente selectiva. Hild y Voorhoevet (2004), por ejemplo, proponen distinguir entre factores socialmente relevantes para justificar desigualdades (como el esfuerzo) y factores irrelevantes al mismo fin (como el origen social).

Lo más curioso del asunto es que el mismo concepto de oportunidad permanece difuso. Hablamos de una idea que no se deja medir en la práctica más que por aspectos como son la renta o el salario, lo que constituye una aberración metodológica injustificable (Deere y Welch, op.cit.). Para solventarlo os propongo una metáfora.

Imagina que todo cuanto anhelas para diseñar y construir tu proyecto de vida se encuentra en una localización física muy precisa. Pero no puedes acceder a ello. Ese lugar se encuentra perfectamente custodiado por una muralla infranqueable. No obstante, hay esperanza: el muro muestra algunas puertas. He aquí a las oportunidades. Cada puerta es una oportunidad. Cuanto mayor sea el número de puertas que permiten llegar a los anhelos, más oportunidades ofrece la sociedad. Te diriges a una de ellas. ¡Maldición! ¡Está cerrada! Lo siento, pero la puerta que intentas abrir no se encuentra disponible para todo el mundo. Necesitas la llave que permite abrirla. ¿La tienes? ¿No? Prueba con otra. Tal vez...

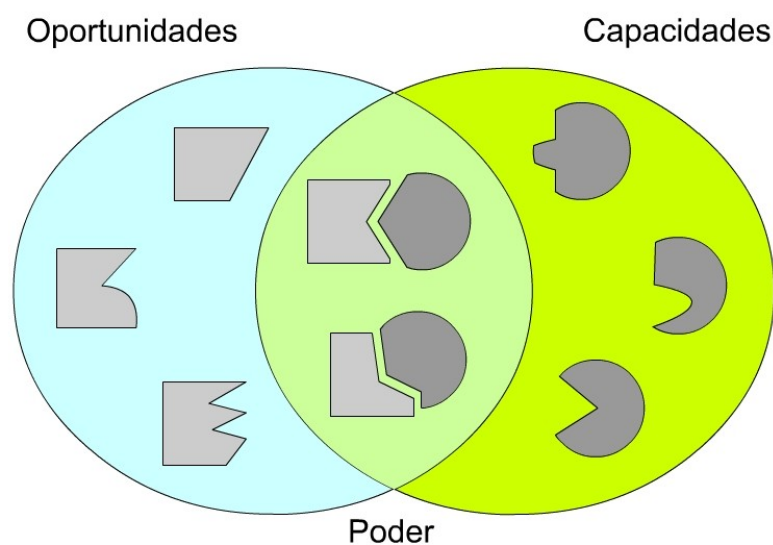


Figura 4: Poder como función de la coincidencia de oportunidad y capacidad.

Las puertas sin llave no sirven. No sirven las oportunidades sin *capacidades*. Si no cuento con la capacidad de aprovechar una oportunidad entonces no *puedo* realizar la acción anhelada. No basta además con que yo posea muchas capacidades y que viva en una sociedad que rebose de oportunidades. Es imprescindible, además, que exista coincidencia entre ambos elementos. La figura 4 intenta representar esta circunstancia. Siguiendo con la metáfora, no basta con que hayan puertas si no cuento con las llaves que las abren; no basta con tener muchas llaves ni no hay puertas que puedan ser abiertas por éstas; no basta con que existan muchas puertas y muchas llaves, si no casan entre sí.

Puedo ser el mejor montañista del planeta, encontrarme con una forma física envidiable y contar con una alta motivación para llegar a la cumbre... pero si no hay montañas a mi alcance, ninguna de mis capacidades me serán de alguna ayuda. O, por el contrario, puedo estar rodeado de las montañas más bellas y sugerentes del planeta, pero si no cuento con capacidades suficientes para llegar a ninguna cumbre, nada de lo que la cordillera represente estará a mi alcance.

Centrarse únicamente en las oportunidades es mucho más pernicioso que contemplar el abandono de las capacidades. Lo que observamos en la práctica es un dañino proceso que define cada vez más oportunidades para cada vez menos personas, es decir, oportunidades pensadas específicamente para capacidades selectas. Ocurre cuando se diseñan estilos de vida (habitat, consumo, trabajo...) para quienes cuentan con la capacidad ortopédica de moverse en automóvil. Ocurre cuando se diseñan ciudades para quienes cuentan con la capacidad de caminar sobre sus dos piernas. Ocurre cuando se define una sociedad al alcance de unos pocos, provistos de capacidades tan poco atractivas para la sociedad como egoísmo o ambición personal. Vivimos, además, un momento histórico fuertemente marcado por el *hambre de excelencia*. En la universidad, por ejemplo, se escucha hasta la saciedad el creciente diseño de marcos para la excelencia y para los y las excelentes. Quienes no cuenten con las capacidades seleccionadas como merecedoras del apelativo de excelencia, no tendrán oportunidades, puesto que no se diseñan éstas para el resto de las capacidades existentes.

En definitiva, lo que reivindico es abandonar el paradigma de las oportunidades e instalarse en el del poder. Pero ¿qué poder?

Qué es el poder-hacer autónomo relevante

Holloway (2002) distingue entre poder-sobre y poder-hacer. El primero, como sustantivo, se refiere al poder de ejercer control sobre el comportamiento de los demás, asociado habitualmente al Estado y a las grandes organizaciones mediáticas y empresariales, además de otros agentes históricos como la Iglesia, por ejemplo. Se le concibe como una fuerza difícil de resistir, que se ejerce de forma contundente sobre la mayoría de los mortales. Es lo que suele venir a la mente al pronunciar el término "poder". Hablamos, por ejemplo, de El Poder, algo mágico, ambicionado y temido. Por contra, el poder-hacer se refiere al verbo, a la expresión "puedo hacer esto o aquello". Todas las personas podemos hacer cosas. Si bien no todas las cosas que podemos hacer sean igualmente trascendentes para la vida ni se encuentren igualmente repartidas por el planeta.

Cuando hablo de poder, me refiero al verbo y no al sustantivo. La igualdad de poder como sustrato definitorio de la Sociedad de Potentes (o sociedad justa planetaria) apunta al poder de hacer cosas, entre las que no se encuentra ejercer control sobre las demás personas. Pero se trata ésta de una acotación muy insuficiente.

El poder-hacer se orienta frecuentemente a fortalecer el poder-sobre. Ocurre en nuestra sociedad gracias a los exitosos procesos de persuasión que se llevan a cabo especialmente en el marco de la actividad publicitaria, sea comercial o política. Así, por ejemplo, el acto mediante el que una persona escoge libre y voluntariamente a otra para que ésta sustituya a la primera en el ejercicio

de la toma de decisiones en la sociedad, es un acto de dejación de poder: disminuye el *hacer* y aumenta el *sobre*.

El objetivo del poder-hacer es transformarse en poder-hacer *autónomo* y no poder-hacer *obediente*. El primero trabaja para el crecimiento de poder-hacer en un espacio donde es incompatible con el poder-sobre. El segundo se dedica exactamente a lo contrario. La construcción de ciudadanía planetaria es un proceso de creación de poder-hacer autónomo y destrucción tanto de poder-sobre como de todo cuanto lo alimenta. No pueden compartir el mismo espacio.

Aún así, sigue siendo insuficiente. Yo puedo atar los cordones de mis zapatos. También puedo desayunar por la mañana, almorzar al mediodía y cenar por la noche. Si tuviera que escoger entre ambos poderes, terminaría calzándome mocasines y dejando los cordones para el olvido. No todos los poderes son igualmente importantes en la misión vital de diseñar y hacer realidad proyectos de vida. Está claro que *puedo* hacer muchas cosas y *no puedo* hacer el resto. Si tuviera que escoger, mi paquete de poderes debería ser *relevante* al objetivo de diseñar y construir mi vida.

Sin duda, uno de los poderes más relevantes es el conocimiento. Y más aún: la sabiduría. Por encima de muchos otros objetivos, necesito *poder saber* qué es lo que más me conviene. Imaginemos una sociedad de personas poderosas tanto como ignorantes. El mundo tendría, como en efecto tiene hoy, los días contados. Necesitamos gente poderosa e igualmente sabia. Esta combinación resulta especialmente explosiva y fortalecedora. La Sociedad de Potentes está constituida por una humanidad de igualdad de poder-hacer autónomo relevante. Esta circunstancia no llama a la carrera individual. La sabiduría apunta con absoluta claridad hacia el camino que transita la sociedad de potentes: el trabajo conjunto. Este documento es demasiado breve para entrar con detalle en este asunto, pero resulta tan intuitivo como acorde con la experiencia asumir que el poder-hacer autónomo relevante individual crece sólo gracias al auxilio de una comunidad que se propone expresamente la meta de promover poder para todos sus miembros. La construcción de oportunidades y de capacidades no es un objetivo digerible a una escala exclusivamente individual. Muy al contrario, es tal vez la tarea más propiamente colectiva que pudiéramos imaginar.

Epílogo

Comencé esta aventura comunicativa con el concepto de Huella Ecológica, para aterrizar finalmente en la Sociedad de Potentes. Ha sido un camino natural. Ya avisé en el inicio: la mezcla es la solución, no el problema. Parte de nuestra sangrante incapacidad para solucionar los problemas planetarios nace en el momento en que los dividimos en sociales o ecológicos. La Huella Ecológica es, como decía, un pellizco de conciencia a la vez que una herramienta de construcción de ciudadanía responsable, sensible e implicada en el destino común. La tajante evidencia de que vivimos la época planetaria y de que ello exige pensar al máximo nivel cuando se reflexiona sobre problemas, soluciones y anhelos, queda reforzada gracias a conceptos como la Huella Ecológica.

Mi apuesta por la Sociedad de Potentes llamaba a las puertas de este documento y de esta acción. No puedo abordar el concepto de ciudadanía planetaria sin mencionar el único contexto en el que estoy convencido que tal ciudadanía es posible. Sin igualdad de poder, en los términos definidos aquí, la sociedad justa es un imposible descabellado, lo que hunde con la misma intensidad cualquier pretensión de ciudadanía planetaria.

Nos dio tiempo y espacio para tocar los temas, no para agotarlos. La Huella Ecológica muestra muchos inconvenientes, no tanto como el Producto Interior Bruto tal vez, pero suficientes como para incentivar a una gran cantidad de mentes planetarias que siguen reflexionando sobre su contenido y utilidad, resolviendo cada problema con éxito. La igualdad de poder abre multitud de

interrogantes, un sinfín de retos de envergadura variable a los que hay que dar respuesta. No es algo que me preocupe en exceso. Todo producto humano es imperfecto y jamás quedará totalmente concluso. La intención a la hora de extender esta propuesta es considerar que el resto de los caminos no sólo también quedan acogidos bajo la acusación de finales inconclusos, sino que nacen ya cojos, obviando que o las personas son sabias dueñas de su destino en condiciones de igualdad planetaria, o cualquier alternativa generará irremediabilmente desequilibrio y opresión.

Nos veremos seguro en otra ocasión. Espero que en ese momento dejemos atrás las ideas generales y nos dediquemos a concreciones más prácticas, que nos permitan caminar sobre el suelo más que sobre el papel. No obstante, siempre hay que comenzar por algún punto. ¿Verdad?

Referencias

- Bacal, Azril (1996) El desarrollo humano sustentable y el proceso de democratización. En R. Valdiviezo y S. Flores (Coords.) *Importancia y Perspectivas del Desarrollo Sustentable en México*. México: Universidad Autónoma de Tlaxcala. 61-68.
- Bocock, Robert (1995) *El consumo*. Madrid: Talasa.
- Boff, Leonardo (2001) *Ética planetaria desde el Gran Sur*. Madrid: Trotta.
- (2003) *Ética y moral. La búsqueda de los fundamentos*. Santander: Sal Terrae.
- Chaney, David (2003) *Estilos de vida*. Madrid: Talasa Ediciones.
- Coq, Daniel (2003) Industria agroalimentaria y territorio en Andalucía. Desde el Sur. Cuadernos de Economía y Sociedad. 10.
- Cortina, Adela (2002) *Por una ética del consumo*. Madrid: Taurus.
- CRIC (2000) *Come y calla... o no*. Barcelona: Icaria.
- Deere, Donald .R. y Welch, Finis. (2002) Inequality, incentives, and opportunity, *Social Philosophy & Policy Foundation*, 19 (1) 84-109.
- Ellison, Nick y Ellison, Sara (2006) Creating 'Opportunity for All'? New Labour, New Localism and the Opportunity Society. *Social Policy & Society*, 5 (3) 337-348.
- Fernández Durán, Ramón (1993). *La explosión del desorden. La metrópoli como espacio de la crisis global*. Madrid: Fundamentos.
- Ferrater, José (1995) *Diccionario de filosofía de bolsillo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Freire, Paulo (1970) *Pedagogía del oprimido*. Madrid: Siglo XXI.
- (2001) *Pedagogía de la indignación*. Madrid: Morata.
- Galeano, Eduardo (2002) *Patatas arriba. La escuela del mundo alrevés*. Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores.
- Gutiérrez, Gilberto A. (2000) *Ética y decisión racional*. Madrid: Síntesis.
- Hierro, Liborio L. (1998) Justicia, igualdad y eficiencia. *Isonomía*, 9, 129-171.
- Hild, Matthias y Voorhoevet, Alex (2004) Equality of Opportunity and Opportunity Dominance. *Economics and Philosophy*, 20, 117-145.
- Holloway, John (2002) *Cómo cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*. Barcelona: El viejo topo.
- Kisnerman, Natalio (2001). Ética ¿Para qué?. En N. Kisnerman (Comp.) *Ética, ¿Un discurso o una práctica social?*. Buenos Aires: Paidós. Páginas 107-121.
- Loewe, Daniel (2007) Teorías de justicia igualitaria y derechos culturales diferenciados. *ISEGORÍA. Revista de Filosofía Moral y Política*, 36, 275-302.
- Lucena, Antonio (2002) *Consumo Responsable*. Madrid: Talasa.
- Manzano, Vicente (2004) Sostenibilidad. *El Correo de Andalucía*. 11 de marzo.
- Manzano, Vicente (2007) Ciencia y comportamiento. ¿Qué hacer con la sostenibilidad? *El Fingidor*. Granada: Universidad de Granada. 51-52.
- Morin, Edgar (1995) *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
- Morin, Edgar (2001) *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Barcelona: Paidós Studio.

- Morin, Edgar; Ciurana, E.R. y Motta, R.D. (2002) *Educación en la era planetaria. El pensamiento complejo como Método de aprendizaje en el error y la incertidumbre humana*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- RAE (2005) Diccionario de la Lengua de la Real Academia Española. 23ª Edición. En <http://www.rae.es>
- Riechman, Jorge (2003) *Tiempo para la vida. La crisis ecológica en su dimensión temporal*. Málaga: Ediciones del Genal.
- Sachs, Aaron (1996) *Ecojusticia. La unión de los derechos humanos y el medio ambiente*. Bilbao: Bakeaz.
- Savater, Fernando (2003) *Ética para Amador*. 2ª Edición. Barcelona: Ariel.
- Vilar, Sergio (1997) *La nueva racionalidad. Comprender la complejidad con métodos transdisciplinarios*. Barcelona: Kairós.
- Wagensberg, Jorge (1985) *Ideas sobre la complejidad del mundo*. Barcelona: Tusquets Editores.
- WWF (2006) *Living Planet Report*. Gland (Suiza): WWF International. Tomado de www.panda.org/livingplanet.